

te de los siglos, lo mismo estos nombres que los demas de esas lápidas inmortales, Lacy, el gran soldado de Cataluña, fusilado en el glásis de la ciudadela de Mallorca; Porlier, generoso como un héroe, perseguido y muerto como una fiera; Manzanares y Torrijos adheridos á la libertad, á la Patria, y sacrificados como traidores por la mas inicua y vil de las traiciones; Miyar, el modesto librero que daba el pan del alma, el libro, á una generacion infortunada; Mariana de Pineda, no perdonada ni por mujer, ni por débil, ni por hermosa, y que en el triunfo de Granada renovó sobre su cadalso iluminado por el relámpago la fortaleza de las primeras mártires del cristianismo en los circos romanos; todos estos nombres, al mismo tiempo que señalan grandes sacrificios por la Patria, significan la incompatibilidad absoluta entre el partido progresista y aquellas ideas y aquellas instituciones que son como una sombra de las antiguas castas. (*Aplausos en la izquierda.*)

Señores Diputados (y debo acercarme á nuestros tiempos), ¿no os acordais de Espartero? Yo le vi con el corazon lleno de esperanzas, con la frente rejuvenecida por frescas ilusiones; yo le vi llegar al llamamiento de una Reina, en aquel tiempo, en aquellos dias en que las barricadas se levantaban sobre el Trono, en que eran más altas que el Trono, y en que el furor popular resonaba en los ámbitos de Palacio; yo recuerdo cómo acudió al llamamiento en que se confesaban antiguas faltas y errores; y luégo yo le vi en el año 56 atravesar las puertas de Palacio, huir, retirarse al campo, porque no podia volver aquella espada que habia establecido el Trono de Isabel II, no podia volverla contra el Trono de Isabel II, que no se salvó, á pesar de este heróico retrainiento y de este sublime sacrificio.

¡Ah, señores Diputados! nadie sabe, yo no sé tampoco la razon por que se ha ido de esta Cámara un repúblico ilustre, á quien muchos se le igualan, pero á quien nadie aventaja en honradez y en energía. Pues qué, señores Diputados, ¿no os acordais de aquella tarde? Caia la noche sobre nosotros, como cae la noche sobre la revolucion de Setiembre. Aquel Diputado se levantó y depositó en manos de la Presidencia su mandato. Muchos antiguos amigos suyos, enemigos despues por estas necesidades de la política, uno sobre todo, generosísimo, se levantó y quiso impedir que aquella dimision se admitiese; pero no podia impedirlo ni la severidad del Reglamento, ni la rectitud y legalidad de la Presidencia.

Vosotros os acordaréis de sus palabras; no se iba porque renegára de la libertad; se iba porque habia perdido la fe. Señores Diputados, ¿la fe en qué? ¿la fe en quién? Yo no lo diré. Yo dejo esto á la consideracion de la Cámara. Lo cierto, lo indudable es que allá en el fondo de la conciencia nacional hay la idea de que no se han concluido los obstáculos tradicionales. Yo sé muy bien.....

El Sr. PRESIDENTE: He permitido á S. S. mucha mayor latitud de la que debiera, esperando que á medida que le diese esa latitud, V. S. no abusaria de ella. Ruego á S. S. que no abuse de nuevo.

El Sr. CASTELAR: Yo sé muy bien, señores Diputados, y dejo esta idea; yo sé muy bien cómo defienden los Ministros responsables su política: los Ministros responsables dicen que han cumplido plena y completamente la Constitucion.

Pues qué, ¿no fué derrotado, dicen, el Ministerio Ruiz Zorrilla por una votacion de la Cámara? ¿No fué despues, por un ejercicio legítimo de la régia prerogativa, de cuyo ejercicio éramos nosotros responsables,

solamente nosotros, no fué despues suspendido el Parlamento, y más tarde disuelto? Por consecuencia, aquí se ha cumplido la Constitucion? Pero sobre este punto yo me permitiré recordar al Ministerio responsable unas palabras que Vergniaud decia á Luis XVI en una de las escenas más terribles de la revolucion francesa.

Habíase empeñado la guerra extranjera; el Rey habia combatido con escaso ardimiento las huestes invasoras, y el 20 de Junio de 1792 se presentaba en la Asamblea, diciendo estas palabras: «Representantes de la Francia, yo he cumplido la Constitucion.» Y Vergniaud le contestaba en las siguientes frases, que yo repetiré á los Ministros si las tuviera aquí, pero que las he fijado poco más ó ménos en mi memoria. Decia Vergniaud á Luis XVI: «Es verdad; tú has cumplido la Constitucion; tú puedes decir: he mandado á la frontera mis guerreros; verdad es que los he mandado casi desarmados, pero la Constitucion no me decia que los mandase armados; verdad que no los apoyé con campamentos de reserva, pero la Constitucion no me decia que tuviera campamentos de reserva; verdad que pude poner á su frente generales de gran inteligencia, pero la Constitucion no me decia que pusiera á su frente generales de gran inteligencia; verdad que tuve más confianza en los Ministros reaccionarios, pero la Constitucion no me decia que tuviera confianza en los Ministros patriotas.»

Y concluyó aquel gran orador, émulo de los oradores griegos, con estas palabras que yo dirijo al Gabinete: «¿Imagináis, como el tirano Lisandro, que es lo mismo la verdad que la mentira, cuando os valeis de la Constitucion y de las leyes para atacar las leyes y la Constitucion? ¡Oh Rey engañador!»

Señores Diputados, voy á concluir, porque ha concluido tambien la sesion, puesto que nos encontra-

mos en las seis y cinco; voy á concluir, Sr. Presidente: pido á la Cámara sólo algunos minutos para decir las consideraciones generales, independientes de la política actual, que este espectáculo me inspira. ¿Podeis dudar, señores Diputados, que en Francia como en España se encuentran muy disueltos los partidos conservadores y monárquicos? En Francia hay monárquicos que quieren la antigua monarquía tradicional, que quieren la monarquía de la restauracion, que quieren la monarquía de la prudencia, la monarquía de Luis Felipe; que quieren la monarquía de la guerra, á pesar de sus desastres, la monarquía de los Napoleonicas. ¿Y qué sucede en Francia? Que perteneciendo quizás la mayoría de la Nacion á los partidos monárquicos, forma cada partido dinástico la minoría de la Nacion. La monarquía es el gobierno de los pueblos unidos; la república es el gobierno de los pueblos divididos. Por eso en Francia, tengan ó no mayoría los monárquicos, por eso en Francia se ha salvado, y se ha salvado para siempre, la república. Señores Diputados, no haré la aplicacion de la segunda parte de estas consideraciones. Yo os digo que en España y aquí en el Parlamento.....

El Sr. PRESIDENTE: Su señoría no tiene derecho de hacer ese paralelo.

El Sr. CASTELAR: Voy á decir, sin sacar la consecuencia, que en España se hallan divididos, muy divididos, los partidos monárquicos. La autoridad de S. S., la elocuencia de S. S. son muy grandes; pero no puede de ninguna manera impedir que esto sea muy verdadero. Se hallan en España muy divididos, muy fraccionados, los partidos monárquicos. Los más antiguos y los más creyentes, aquellos que están en su corazon generoso y en su conciencia pura dispuestos siempre á los grandes sacrificios, los adoradores de la antigua so-

ciudad, se dividen, sin embargo, en cabreristas y no cabreristas, en realistas antiguos y realistas modernos, católicos puros, neo-católicos, y hasta en republicanos católicos. Pues qué, ¿no sabe todo el mundo las grandes divisiones que en este momento supremo agitan al antiguo partido conservador? Unos creen que la abdicación de la Reina Isabel fué una falta; otros aclaman al Príncipe Alfonso; otros no quieren sólo al Príncipe Alfonso, sino que le quieren con la Regencia del Duque de Montpensier; y no ofenderé á nadie si digo que en esa misma mayoría hay antiguos montpensieristas y antiguos borbónicos recientemente convertidos.

Un gran naturalista moderno, en sus profundos estudios sobre el origen de las especies, ha demostrado varias leyes que se realizan, como en el universo, en la sociedad. Una especie, al desaparecer, desaparece casi simultáneamente en todas las regiones que habitaba. Una especie desaparecida no reaparece sobre la superficie del planeta. Y en efecto, buscad hoy los organismos que se hallan petrificados en ciertas capas geológicas y no los encontraréis. Pues con los grandes organismos sociales sucede en la historia política lo mismo que con los organismos naturales sucede en la historia geológica. Las grandes instituciones han desaparecido simultáneamente en todos los pueblos. A nuestros ojos casi las Monarquías todas se inspiraron en el espíritu filosófico del pasado siglo; y á nuestros ojos se han convertido simultáneamente de Monarquías absolutas en Monarquías constitucionales. Y ni la teocracia ni el feudalismo ni el régimen absoluto han reaparecido despues que las grandes revoluciones los destruyeron y borrarón. Pues, yo os digo, yo os anuncio que los pueblos de Europa caminan hoy á establecer simultáneamente los poderes democráticos en puras formas

democráticas tambien. Ignoro cuándo se cumplirá esta ley; ignoro tambien cómo se cumplirá esta ley; pero sé á ciencia cierta que esta ley ha de cumplirse indefectiblemente.

Hay una ley natural que se extiende á todo el universo; hay otra ley moral que se extiende á toda la historia. Yo creo, profundamente creo en la Providencia, creo en ese Código de leyes invariables que rige á las sociedades humanas. Lo veo cumplirse, lo veo realizarse en el ejemplo que están ahora dando las democracias en el mundo. Todos sabian que las democracias son progresivas, reformadoras, revolucionarias; pero no todos sabian que las democracias pueden dar á las Naciones, con el impulso de rápidos progresos, una grande estabilidad. Y por eso yo creo providencial el establecimiento de la república conservadora en Francia; yo creo providencial el carácter secular de tradición que va tomando el pacto político de los Estados-Unidos; yo creo providencial que el pueblo suizo haya moderado las impacencias de sus reformadores y de sus tribunales, salvando la Constitución de 1848 con su inapelable voto; yo creo todo este movimiento providencial para demostrar que la república no es, no puede ser patrimonio de un solo partido, sino como el aire, como el inmenso Océano, patrimonio de todos los partidos, gobierno justo, legal, estable, de la Nación por la Nación entera.

Y concluyo, señores, concluyo. La antigua civilización europea estribó en dos pueblos, en la emulación de los romanos y de los griegos, que mutuamente se completaban.

La moderna civilización europea estriba en la emulación de dos razas que á primera vista se contradicen, y en realidad se completan. A todas las grandes obras de la cultura moderna han contribuido la raza latina y

la raza germánica. Apareció el cristianismo, y la raza heleno-latina la formuló por medio de sus doctores griegos y romanos, mientras la raza germánica trajo el hombre interior, el hombre de la naturaleza, para la realización del cristianismo.

Vino la Edad Media, y la raza latina sostuvo la unidad religiosa de la Europa occidental con el Pontificado, y la raza germánica su unidad política y civil con el Imperio. En el tiempo de los descubrimientos, un germano encontró el instrumento para democratizar las inteligencias, la imprenta; y un latino el instrumento para democratizar las sociedades, la nueva tierra, la América. Los germanos emanciparon la conciencia en la reforma, y al mismo tiempo los latinos el arte en el Renacimiento. Los germanos han obrado la moderna revolución filosófica desde Leibnitz hasta Kanth, y los latinos la moderna revolución política desde Voltaire hasta Danton. Todo tiende á democratizar Europa. Y si á esta obra traen los germanos la instrucción popular y el armamento universal, los latinos traerán el sufragio universal y la república. He dicho.

SEGUNDAS CORTES DE 1872,

CONVOCADAS

POR EL MINISTERIO RADICAL.

INTERREGNO PARLAMENTARIO.

En este interregno parlamentario pronuncié el discurso que sigue en una reunion de Alicante. Este discurso, objeto de grandes controversias parlamentarias, señala al partido republicano una línea de conducta en mi sentir salvadora para nosotros, y salvadora tambien para la libertad.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA REUNION REPUBLICANA,
LA NOCHE DEL 18 DE SETIEMBRE, EN EL TEATRO DE
ALICANTE.

Ciudadanos: Tiene razon mi elocuente amigo, vuestro digno diputado el Sr. Maisonave, al decir que hablo en esta noche cediendo á repetidas instancias de nuestros correligionarios. Y debo confesar que hago un gran sacrificio, que supero una gran repugnancia; porque en crisis tan supremas, cuando los hechos hablan por sí mismos con tanta elocuencia, debemos refugiarnos en el silencio, aguardando á que el falso ídolo, alzado en mal hora y por falta incomprensible de lógica